

La Ciudad de la Memoria

Una novela de Santiago Álvarez



Capítulo 1

© Jesús Santiago Álvarez Muñoz

Burjassot, noviembre de 2011

Registro propiedad intelectual: V-1694-11

1. La entrevista de trabajo

—*Así que usted es un detective. No sabía que existiesen realmente, excepto en los libros; o bien que eran tipos grasientos espiando en los pasillos de los hoteles.*
(*El Sueño Eterno, 1946*)

Berta llegaba tarde a la entrevista que iba a cambiar su vida. Quizás no se hubiera apresurado tanto al saberlo; si se lo hubieran contado, si le hubieran dicho que en las próximas semanas se vería involucrada en una persecución a alta velocidad por las principales calles de Valencia, que una bala envenenada estaría a punto de llevarse su vida, que forzaría cerraduras en busca de información secreta, si le hubieran explicado todo esto, Berta habría arrugado la nariz chata con desconfianza, tal vez sonreiría tímidamente mirando hacia abajo, pero no lo habría creído. Hubiera agradecido la advertencia con buenas palabras y continuaría su camino; a ella le gustaba ser puntual.

Ascendió a trompicones entre el gentío que atestaba las escaleras del metro de Colón. Al llegar a la superficie miró a su alrededor para orientarse; pasaban cinco minutos de las diez de la mañana y todavía le quedaba un buen trecho hasta la oficina donde la esperaban. Mientras recorría las calles del centro recordó la conversación telefónica del día anterior. Era uno de sus últimos intentos serios de encontrar trabajo. Los exámenes estaban cerca y si no comenzaba a estudiar en serio por las mañanas en lugar de visitar empresas de trabajo temporal y de imprimir en serie decenas de currículos, un abismo que ahora tan sólo intuía se abriría bajo sus pies; ese mismo precipicio que amenazaba sus estudios como periodista y gran parte de las ilusiones que empaquetó en una maleta el día que dejó el pueblo para venir a Valencia, hacía tan sólo diez meses.

El anuncio era bastante escueto:

*Se precisa señorita para tareas administrativas en agencia de detectives.
No es necesaria experiencia. Media jornada. Abstenerse curiosos.*

Berta había llamado sin mucha convicción al número de teléfono que se indicaba bajo este texto. No era más que otra rutinaria oportunidad de escuchar que ya tenían cubierto el puesto, que disponían de suficientes candidatos o que simplemente no podía ser. Así que marcó y escuchó dos tonos antes de que la voz la pillase desprevenida.

—Mejías —había dicho la voz, como si aquello fuese suficiente.

Ella esperaba algo más del estilo: Buenos días, está usted al habla con la agencia de detectives fulano de tal, y en este momento no podemos atenderle. O: Blablabla, claro que podemos atenderle, indíquenos su nombre y número de teléfono y ya nos pondremos en contacto con usted... Así que durante seis segundos eternos permaneció callada considerando la opción de colgar. Finalmente, se vio obligada a balbucear alguna explicación.

—Perdone, yo, en realidad...

—Vamos, vamos, que no tengo todo el día. Venga, escúpelo.

La voz no era amable, aunque sí persuasiva. Parecía pertenecer a un hombre de mediana edad, quizás corpulento. Berta calló de nuevo, creyendo que había marcado un número equivocado. Tal vez sería demasiado grosero colgar sin más.

—¿No vas a decir nada? —volvió a decir la voz—.Eooo, ¿hay alguien ahí?

La dignidad de Berta vino en su ayuda con algo de fuelle.

—Perdone, creo que me he confundido. ¿Es ésta la agencia de detectives donde buscan una administrativa?

—Puede ser.

—Disculpe, no le entiendo. ¿Puede ser?

—Sí, en realidad depende de ti.

Ella ignoró este último comentario, respiró profundamente y decidió ceñirse a su guión inicial.

—Resulta que estoy interesada en el puesto que ofrecen. Lo he leído en la prensa de esta mañana y llamaba para concertar una cita. Estudio periodismo, y tengo cierta experiencia en administración.

—Ah, periodista, qué apropiado. Así que quieres una entrevista de trabajo.

—Sí, eso es —dijo Berta, con un ribete de impaciencia.

—¿Todavía?

—¿Perdón?

Berta oyó una risa cansada al otro lado.

—Muy bien, muy bien, periodista. Mañana por la mañana, a las diez en punto. Calle Moncofa, número dos.

—De acuerdo, pero discúlpeme, ¿qué puerta es, y por quién debo preguntar?

De nuevo la risa.

—No te preocupes, seguro que das conmigo. Y no llegues tarde.

Ella estaba a punto de decir algo más, de añadir algún detalle curricular que la mostrara competente y digna de confianza, pero el tono continuo le indicó que habían colgado. Miró el teléfono un instante, todavía indecisa, y finalmente renunció a llamar de nuevo.

Ahora llegaba tarde, a pesar de su previsión. Berta, como siempre, había dedicado la noche anterior a estudiar un itinerario que le permitiera presentarse allí quince minutos antes de la cita, pero los pequeños retrasos se habían acumulado uno sobre otro como naipes despistados hasta alcanzar el desastre. Primero debía recoger unos apuntes, y para cuando se bajó en Facultats ya estaba nerviosa. Mientras esperaba su turno en la cola de reprografía tuvo que soportar las miradas de otros universitarios que observaban con irónico interés su traje de chaqueta, más propio de profesores que de una alumna de segundo curso. Cuando regresó a la parada, el metro se marchó justo ante sus narices y tuvo que esperar otros siete interminables minutos al siguiente, que dos paradas después la depositaría en el centro. Se odió brevemente por no haber continuado a pie, aunque eso no la hubiera ayudado.

Pasó por delante de El Corte Inglés y atravesó el Parterre sin dejar de mirar el reloj. Las diez y nueve minutos. La cosa no empezaba bien, como todo lo que emprendía últimamente. Llevaba meses buscando un trabajo a tiempo parcial que cubriera de manera razonable sus gastos; había perdido ya toda esperanza de ser telefonista, cajera, dependienta, de ser cualquier cosa en la que pagaran un puñado de billetes por explotar su escaso tiempo libre, pero el caso era que necesitaba el dinero.

Cruzó la calle del Mar a las diez y trece minutos, con el fragmento de plano impreso donde descifraba la dirección del despacho, pero el papel temblaba en su mano a cada paso, incluso cuando se detenía a examinarlo de manera innecesaria. La camisa se le pegaba a la espalda, a pesar de que el tímido sol de diciembre apenas calentaba el aire matinal. Si se hubiera bajado en la parada anterior, no

dejaba de repetirse, habría ahorrado un par de minutos que ahora necesitaba. Si no hubiera tardado tanto en arreglarse, si no hubiera tenido que pasar antes por la Facultad... Desde que despertara en su habitación del modesto piso compartido en Benimaclet cada retraso adicional socavaba su voluntad de triunfar esa mañana, indestructible tan sólo dos horas antes. Había pasado más de media hora ante el espejo probándose ropa que no usaba, y acabó eligiendo su único traje de falda y chaqueta, que dejaba a la vista unos tobillos demasiado gruesos, que acentuaba la anchura de sus caderas. Pero no podía presentarse ante su última opción laboral con vaqueros y una camiseta, eso eliminaba toda posibilidad de que la tomaran en serio. Incluso se había maquillado, algo insólito en ella. Cuando ya salía por la puerta recordó los tres aros que colgaban de una de sus orejas y los sustituyó por un par de pendientes convencionales. Sin sentirse satisfecha del todo, decidió quitarse el pequeño piercing de circonita que llevaba sobre la aleta derecha de la nariz.

Quizás exageraba, pero a estas alturas Berta no podía permitirse un error semejante. Su exigua beca pagaba apenas la matrícula y su parte del piso de alquiler, y necesitaba algo más para llegar a final de mes. Sus recursos se consumían con rapidez, merced a los inevitables gastos de apuntes, libros y manutención, y la tía Marina, único rescoldo familiar conocido, no podía prestarle más dinero sin situarse en una posición incómoda. Si su suerte no cambiaba pronto se vería obligada a enfrentarse con la decisión que más temía: volver al pueblo.

Se detuvo en una esquina y miró a ambos lados de la estrecha calle peatonal. Ajustó sobre su nariz las gafas negras de pasta y apartó la oscura melena sobre sus hombros. Valencia no era tan grande y ella era lista, pero en aquella zona las calles se encadenaban pequeñas y confusas, la falda molestaba al andar, la solapa de la chaqueta le rozaba el cuello, la ropa de lana parecía amianto esa mañana. Berta sopló hacia arriba y un mechón de pelo ondeó sobre su frente como una bandera que invitara al armisticio. Las diez y diecisiete. Al fin se decidió a preguntar a un hombre mayor que arrastraba los pies, con el periódico recién comprado bajo el brazo. No, no le sonaba esa calle. Paró a otro, un joven con rastas y pañuelo sobre la cabeza, que trotaba silbando la canción de su emepetrés. Ni idea, nunca había oído ese nombre. Desesperada, se apoyó contra una fachada cercana frente a un socorrido solar empleado como garaje en las estrecheces del centro. Las diez y veintidós. Un gato callejero cruzó, curioso, delante de sus pies y ella observó

resignada cómo se perdía entre los contenedores de basura. Entonces sus ojos tropezaron con el rótulo ansiado, semi oculto por los cubos de plástico: “*Carrer Moncofa*”.

Aquello no era exactamente una calle. Se trataba de un espacio en la parte trasera de dos edificios, un hueco transitable y estrecho sin ventanas ni balcones. Dio cuatro pasos hacia el interior y ya estaba cerca de la salida. Sólo había un portal. Al acercarse a la puerta de metal oxidado, observó tres botones en el telefonillo. En los dos primeros se apilaban iniciales desconocidas. La tercera etiqueta estaba en blanco, así que decidió probar ahí. Tras un par de intentos sin respuesta intentó con un toque más largo. Una voz interrumpió la llamada.

—Mejías.

—Hola, vengo por la entrevista y...

—Llegas tarde.

—Bueno, yo...

Se oyó un clac y la puerta se abrió sola. La joven inspiró profundamente y se dispuso a terminar con aquello. Eran las diez y veinticinco minutos.

Berta pisó el reducido rellano en penumbra y percibió un movimiento sinuoso a través del hueco de la escalera. Por aquel angosto espacio culebreaba una cuerda de tender la ropa, cuyo extremo inferior se anudaba al resbalón de la entrada, mientras el otro se perdía en las alturas. La joven subió con creciente aprensión los desgastados escalones, dejando atrás dos viviendas silenciosas, sin escuchar más sonido que el eco de sus propios zapatos de tacón bajo. En el tercer y último piso, la puerta de entrada estaba abierta. Justo enfrente, la barandilla de forja terminaba su escalada espiral, y sobre ella se ataba el otro extremo de la cuerda de nailon.

Entró en el recibidor, un cuadrado de tres metros de lado donde se apretaban un tablero de melanina a modo de recepción y un sillón forrado con una mala imitación de cuero. A la derecha, sobre una puerta de cristal traslúcido, bailaban en arco seis letras: MEJÍAS. Una voz la reclamó desde el interior.

—Bueno, ¿vas a pasar de una vez?

Mientras cerraba despacio, Berta dudó entre escapar escaleras abajo o seguir adelante. Aquel lugar no auguraba nada bueno y, además, lo más probable era que se hubieran completado las entrevistas, si es que había habido alguna, claro. Su innata curiosidad impidió la huida. Se irguió un poco, y trató de componer una

expresión atenta y competente que pudiera librarle de sus malos presagios.

—Disculpe, ya estoy con usted.

Abrió la puerta, y de repente le pareció sumergirse en un mundo imaginario. El despacho le pareció lleno de objetos antiguos y dispersos de los que no pudo hacer inventario en ese momento. Su atención se centró en el escritorio de nogal que dominaba la sala, y sobre el que se alzaban dos pilas de documentos acumulados con descuido. Entre ellos emergía la figura de un hombre pequeño con los antebrazos arremangados sobre la mesa y unos tirantes elásticos sobre su camisa, que miraba directamente a Berta con una sonrisa rapaz e inteligente. Tenía la cabeza angulosa, con el pelo ralo y corto, y un generoso par de entradas que le peinaban la frente hacia atrás. La sorprendente simpatía de sus ojos hizo que Berta dudara de quién tenía delante, hasta que cayó en la cuenta de que aquel hombre estaba hablando:

—Buenas tardes, jovencita.

Marcó tanto la palabra *tardes* que Berta sintió cómo la saliva se espesaba en su garganta. La voz era profunda, casi de bajo, sugestiva e impropia de un hombre menudo como aquel.

—¿Quieres sentarte? —continuó el hombre, y señaló las sillas frente al escritorio.

—¿Nos conocemos? —dijo la joven, juntando las cejas sobre la montura de pasta.

—Aún no, pero no tardaremos mucho.

Berta dudó un instante, mientras pasaba su mirada por las tres sillas atestadas. Tras elegir la menos ocupada se sentó como pudo, alisándose la falda sobre las rodillas, y buscó en su bolso. Extrajo un documento encuadernado en una carpeta de plástico transparente, que tendió a través de la mesa con la solemnidad de quien ofrece la convención de Ginebra.

—Aquí tiene mi currículum actualizado, como puede ver he trabaj...

—Shhh. Puedo leer yo solo.

En otras entrevistas de trabajo y debido a su condición de mujer, de joven que abandona la adolescencia y desempleada cuya desesperación se revela en cada gesto, Berta había experimentado momentos de gran tensión, pero no recordaba tres minutos tan largos. Al principio contempló al hombre inclinado sobre el papel, pero pronto comprendió su descortesía y dejó resbalar su mirada por el despacho, primero con discreción y luego con creciente desconcierto.

Era un espacio de unos treinta metros cuadrados, pero se hacía pequeño por la gran cantidad de objetos desperdigados sin sentido que ocupaban cada rincón, como en una tienda de antigüedades venida a menos. Las paredes estaban cubiertas por lienzos de temas marítimos y títulos académicos enmarcados, un mapa de la ciudad lleno de chinchetas y notas, un par de pistolas de época, una lámpara de aceite colgada de una alcayata. El único ventanuco se abría al patio interior casi a la altura del techo, dejando que la escasa luz natural se mezclara con la generada por tres milagrosas bombillas eléctricas colgadas sobre sus cabezas desde hacía décadas. Tras la puerta de entrada, podía intuirse un perchero de madera repintada que lograba sostenerse en pie gracias al apoyo de una gabardina marrón y un paraguas más que peculiar. Junto a él, un par de butacas forradas de escay y marcas de uso, cuyos brazos blanqueaba una película de polvo olvidado, parecían montar su inútil guardia. La pared izquierda quedaba presidida por un gigantesco póster de la película Casablanca, donde el mismísimo Humphrey Bogart, a tamaño natural y con una pistola, señalaba al hipotético espectador con suficiencia mientras, a su espalda, emergían de la oscuridad los rostros de un puñado de personajes inolvidables. Bajo semejante declaración de intenciones, una mesa estrecha se apoyaba en el muro de ladrillo visto y, sobre ella, dos botellas de whisky empezadas y una bandeja atestada de vasos usados entre fragmentos de argamasa atestiguaban las preferencias del detective. Más a la derecha, un anticuado tocadiscos de maleta que solía desgranar en su crepitar de vinilo las melodías de Duke Ellington que figuraban en aquellas portadas flexibles a su lado. Lástima que ahora permaneciera mudo, pensó Berta, y miró hacia el suelo. Entre los azulejos desgastados, esquivando la alfombra deshilachada, se alzaban sillas con algunas varillas de menos en los respaldos, como en la que ella se sentaba. Un último desastre aguardaba agazapado en la pared restante, donde una televisión de los tiempos del VHF resistía el asedio de montones de periódicos, libretas abiertas, libros de bolsillo, cintas VHS, discos de vinilo y cajas de latón que hurtaban sus tesoros a la vista.

Ya sobre el escritorio, y alrededor del hombre pequeño que aún leía, se encontraba un teléfono negro de baquelita, una lámpara flexible de aluminio, un inhalador de ventolín y material de oficina que apenas dejaba ver la superficie de la madera. El hombre dejó el documento sobre el escritorio y volvió a mirarla.

—Muy bien, Berta, creo que ya nos conocemos. Ahora debería hacerte algunas preguntas.

—Por supuesto, señor...

—Señor, no. Mejías.

El detective se tomó unos segundos para pensar. Al hacerlo ladeaba la cabeza hasta tocarse el lóbulo de la oreja derecha con el índice y el anular, entrecerrando los ojos en dirección a la pequeña ventana.

—Berta, ¿qué piensas del cine? —dijo, y se recostó sobre el respaldo de su asiento con mirada expectante.

—¿Cómo?

—Sí, ¿qué es para ti el cine?

—Yo, no entiendo cómo eso puede...

Sonó el timbre de la entrada.

—Quizás deberíamos dejar lo del cine para más tarde. Verás, había quedado con un cliente a las diez y media, así que como has llegado tarde tendrás que esperar tú —hizo una pausa—. ¿Te parece justo?

—Claro, por supuesto.

—Pues entonces sé buena chica, abre la puerta y dile que pase. Puedes sentarte en la mesa de la entrada mientras nos esperas.

Berta se levantó, sin saber muy bien qué vendría después. Hasta entonces la mañana transcurría de manera inesperada, y eso no tenía por qué cambiar. En cuanto acabara aquella entrevista volvería a sus dificultades cotidianas. Pero ¿qué mundo le esperaba?, pensó la joven, sacudiendo la cabeza. Al menos Mejías no le había dicho que se fuera. Le había dicho: puedes sentarte en la mesa de la entrada. Eso significaba, al parecer, que la entrevista no había terminado, que tenía una posibilidad de conseguir el empleo. La cuestión era si aún lo quería.

El timbre volvió a sonar, esta vez con impaciencia. Berta pulsó el telefonillo.

—Empuje, por favor, ya le abro.

El altavoz de plástico escupió de nuevo su infeliz melodía. Esta vez lo acompañó una voz de mujer, con leve acento extranjero:

—Oiga, no se abre, ¿me oye?, esta puerta no se abre...

La joven apretó de nuevo el botón entre las protestas del telefonillo, sin resultado. Entonces recordó la cuerda. Creyó escuchar una risita ahogada desde el despacho del detective, como corolario a su torpeza. Abrió la puerta para abalanzarse sobre la cuerda de nailon atada en la barandilla; tiró mientras se asomaba por el hueco de la escalera y escuchó abajo el chasquido del pestillo, amplificado por el eco.

La mujer se tomó su tiempo para subir los tres pisos antes de presentarse arriba sin resuello, lo que proporcionó tiempo a Berta para reflexionar. ¿Debía tratarla como si ya trabajara allí o eso sería demasiado atrevido? Quizás Mejías, visto lo visto, la ponía a prueba. O quizás no. Decidió comportarse de manera más natural posible. La persona que subía las escaleras era sólo un cliente más.

—Viene a ver al señor Mejías, ¿verdad? —preguntó mientras la otra asentía, exhausta—. La está esperando.

La señora vestía un traje oscuro de evidente buen corte, con costosos complementos a juego en cuero y terciopelo. Parecía molesta por encontrarse allí y no aprobaba la presencia de aquella chiquilla de evidente poca clase. Los ojos pequeños y descarados miraban alrededor, y fruncía la boca ante lo que veía. Se tomó unos instantes para arreglar su ropa y humedecerse los labios, comprobando en un espejito que el maquillaje y su puntiaguda nariz continuaban en su sitio. Cuando pareció satisfecha, adoptó aires de afectada indignación y abrió la puerta de Mejías sin llamar.

Allí en pie, una vez sola, Berta echó un vistazo al pequeño recibidor, encogiéndose de hombros. Las paredes estaban cubiertas por un infame papel pintado que se despegaba cerca del techo, los muebles eran anticuados, supervivientes de otra época o rescatados del contenedor de basura. La habitación parecía descuidada, como si algún duende nocturno revoliera cada noche en aquel desbarajuste en busca de respuestas. Respuestas a preguntas absurdas. ¿Qué significaba para ella el cine? ¿Era una broma? Quizás... quizás fuera una táctica de Mejías para romper el hielo, o simplemente aquel tipo no estaba bien de la cabeza y le convenía salir corriendo cuanto antes de allí. La tele e Internet rebosaban de noticias sobre desesperados cuarentones a la caza de jovencitas ingenuas y desorientadas, historias diarias con incierto pero siempre desagradable resultado. Berta suspiró, confusa, y al sentarse ante el montón de documentación desordenada escogió un papel al azar: un pliego timbrado del Colegio Oficial de Detectives. Estaba manuscrito con caligrafía nerviosa, aunque legible. En él podía leerse:

Informe n° 00357 del Colegiado n° 829

TIP. n° 5178, Vicente Mejías Alcaraz

Valencia, a 1 de diciembre

El presente informe es una continuación del anterior, n° 00356, de fecha 26 de noviembre. La noche del pasado miércoles, a petición de mi cliente JMAT, acudí al jardín del barrio de

Campanar para comprobar que la transacción entre los sospechosos se realizaba de la manera acordada. Yo estaba parapetado en el interior del Packard y me hundí en el asiento mientras calaba el sombrero hasta las cejas. No tuve que esperar mucho. A las 1:20 horas apareció el Sr. D con un maletín negro de piel, mirando nerviosamente a ambos lados de la plaza. Un par de indigentes despistados salieron de sus bancos, huyendo como palomas asustadas, y de las sombras emergió un gigante. Era el Chapas, eso no podía dudarse. A su lado aparecieron dos sombras más, y una de ellas arrastraba a la chica, amordazada, a juzgar por sus gemidos ahogados. Salvo aquello, todo estaba en silencio. Entonces el Chapas empezó a hablar con el recién llegado. Yo distinguía con dificultad las palabras que intercambiaban, pero comprendía con precisión lo que decían, pero comprendía lo que estaba pasando.

Y hablaron, más de lo esperado. Al parecer el tipo del maletín exigía algún tipo de garantía que nadie iba a concederle aquella noche. Hizo un movimiento dentro de su abrigo y un brillo metálico y una advertencia brotaron a la vez de las sombras antagonistas. Eso sí que lo oí: “Si sacas el puto arma, empieza ahora la masclétá, imbécil”. “Es un móvil, joder”, dijo el otro. Las cosas parecieron calmarse, pero solo fue un espejismo. Bang, Bang. Los disparos procedían de un nuevo invitado escondido previamente en el interior del parque, y una de las sombras tras el Chapas cayó al suelo. Los otros dos respondieron. Hubo más disparos. Sin dudarlo, salí del Packard envuelto en mi gabardina, agachado tras los coches estacionados y llegué hasta la chica, que habían dejando de rodillas sobre el suelo. Un par de balas silbaron sobre mi cabeza y rompieron los cristales del vehículo a mi espalda. El Chapas se giró para ver lo que sucedía, se inclinó mientras me encañonaba, pero yo me moví más rápido y le encajé una patada en plena cara antes de escapar. Bastante estaban teniendo aquellos tontos con su Nit del Foc para seguirme. Entonces el tipo del maletín cayó al suelo y el silencio llegó de nuevo. Tuve el tiempo justo para subir al coche con la chica y deslizarme en el asiento a tiempo de que el Chapas no me volara la cabeza cuando el disparo estalló en el parabrisas. Las ruedas chillaron y el tipo tuvo que apartarse mientras yo sacaba aquel montón de chatarra lejos de allí, rumbo a un lugar seguro.

La chica era guapa. Me miró con agradecimiento y deseo, como se mira a un pastel de chocolate después de días comiendo naranjas. Una vez que nos alejamos lo suficiente, en la esquina anterior a comisaría, estacioné el coche para asegurarme de que no estaba herida, y antes de que pudiera preguntarle estampó su boca en la mía con salvaje desesperación. No estuvo mal. Después de un rato pudimos llegar a comisaría y la dejé allí, a cargo de Pérez y sus chicos. Aquella noche se había tragado dos muertos más, un alma inocente había sido salvada, el malo continuaba suelto, y un defensor de la cordura volvía a casa cansado, una vez más. Quién dice que Valencia es una aburrida ciudad de provincias.

Berta, perpleja, levantó la cara del papel. Giró el cuello hacia el despacho, súbitamente interesada por la conversación entre el detective y su engreída cliente, pero desde el recibidor los sonidos resultaban amortiguados e ininteligibles. Berta consultó la hora en su reloj. Esto era emocionante, aunque pareciera sacado de un telefilm barato de género; nada parecido a las clases de Teorías de la Comunicación, con el viejo Llopis adormecido sobre su libro, recitándolo a trompicones. Justo lo que nunca ocurría en el mundo real. Sus hombros se estremecieron involuntariamente. El mundo real... Mejías componía un personaje excéntrico y casi imaginario, pero aquel informe ponía a prueba su fe en la palabra escrita. Volvió a tomar el papel en sus manos y lo leyó por segunda vez, ahora con mayor atención. Si fuera verdad...

Una carcajada rompió el murmullo del despacho e interrumpió sus pensamientos. Mejías... el defensor; Berta se mofó de su patética fantasía. Un tipo que le había tomado el pelo por teléfono y que ahora volvía a confundirla con alguna estúpida mistificación. Su ensoñación estaba yendo demasiado lejos y debía poner los pies sobre el suelo; lo más probable es que se tratara de un tipo amargado y chapado a la antigua, un tío de esos que se lo toman todo a guasa porque cada vez que se miran al espejo sólo ven una broma de mal gusto. Seguramente estaría separado y tendría que pasarle la pensión a la mujer que tuvo que sufrir su indiferencia durante años mientras él vagaba de bar en bar engañándose a sí mismo; tendría un único hijo que habría hecho la comunión, porque el niño ha de hacer la comunión sí o sí, al que vería cada quince días y, sobrevivía entre aquellas cuatro paredes atestadas de trastos y recuerdos, dejando pasar el tiempo hasta que él fuera otro trasto viejo más al que mirar con curiosidad tras el escaparate traslúcido de la puerta de su despacho.

Sacudió la cabeza con fastidio. Otra vez divagando, se dijo, ocupada en desglosar la vida de otros en lugar de preocuparte por la tuya, que entre tú y yo, necesita una revisión urgente, y ya.

Volvió su atención hacia la puerta de cristal. Desde allí partían palabras susurradas y misteriosas que prometían emociones, reales o imaginarias, y Berta supo que, por encima de cualquier otra cosa, quería conocer aquella conversación oculta por absurdo que pareciera aquel deseo. La curiosidad le había jugado malas pasadas en otros tiempos, lo sabía bien, pero era una lección que no había

aprendido. Por otro lado, esa larvada inquietud le había descubierto la poblada biblioteca de su tía, que abrazaba entre caoba retazos de la juventud lectora de varias generaciones en aquella casa y los clásicos obligatorios que todos los señores decentes debían poseer. Allí Berta había buceado entre las colecciones completas de Periquín y Gustavín, todo Enyd Blyton, Tintín, hasta llegar a misterios menos inocentes, como los del infalible Sherlock o la inofensiva ancianita de Agatha Christie. Luego vinieron los clásicos más correctos, en su mayoría novelas de búsqueda: Moby Dick, Grandes Esperanzas, Frankenstein, Jane Austen y las Brontë, La Isla del Tesoro... Historias que había devorado varias veces, hasta entregarse ya con fruición a cualquier cosa que prometiera un mínimo de aventura y misterio. Éstos fueron los pasos que la apartaron del común camino hacia la cocina de sus compañeras de juegos y la condujeron hasta la Universidad, hasta una lista de trabajos sin sentido como muescas en su currículum y, ahora mismo, hasta el vestíbulo de una agencia de detectives.

Tomó la decisión antes de ser consciente de lo que hacía. Con exagerada cautela se escurrió hacia el suelo desde la silla y avanzó a gatas hasta el despacho, con los movimientos limitados por la estrecha falda de tubo. Comprobó que la puerta no ajustaba bien y que una rendija de tres o cuatro milímetros permanecía abierta. Por allí escapaban las voces que, ahora sí, podía distinguir con claridad. Así que allí mismo, a cuatro patas y con el culo en pompa, la oreja a ras del suelo encajada en la exigua abertura y las palmas sobre las baldosas frías y desiguales, Berta cruzó la línea imaginaria que iniciaba su extraña carrera de investigadora, espiando sin piedad la conversación de Mejías y su cliente. Las palabras, primero esquivas y luego más presentes, se fueron deslizando con suavidad fuera de la habitación.

—...para la familia se trata de un asunto que debe tratarse con la mayor discreción. Si trascendiera en los medios, nos encontraríamos en un escenario algo, er... molesto.

—Sólo para comprobar que lo he entendido —dijo Mejías, tras una breve pausa—. Su cliente quiere que localicemos a Armando y que lo llevemos de vuelta a casa. Cueste lo que cueste.

—Eso es. No pretendemos levantar sospechas ni alargar este asunto más de lo necesario. El dinero no es un problema —Berta oyó cómo se accionaba el cierre de un bolso—. Pero tengo que advertirle: aunque no es conflictivo, Armando puede comportarse de modo violento si se siente acorralado. Tratará de escapar,

se lo aseguro, así que cuando averigüe su paradero debe avisarnos sin demora.

—Hmmm. Se trata de un caso poco habitual. No soy un policía, soy detective privado.

—Lo sé. Por eso doblo su tarifa.

Hubo un silencio más largo.

—Está bien. Si tengo suerte la llamaré antes de lo que imagina.

—Me satisface mucho esa respuesta. Me dijeron que usted era tan bueno como peculiar. Y es muy peculiar.

—Gracias. Mi secretaria la acompañará a la salida —dijo esto último en voz alta y teatral, una indicación que Berta sintió dirigida exclusivamente a ella tras la puerta—. Déjele sus datos de contacto.

Las sillas rasgaron el suelo y la joven espía retrocedió hasta la mesa, adoptando la actitud de quien lleva allí desde las ocho de la mañana. La puerta se abrió y salió la mujer, tras el revoloteo de telas y cuero. Berta la despidió con educación mientras recibía la tarjeta que la señora le tendió en un silencio distinguido. A continuación, elevó la barbilla y la nariz a modo de despedida, antes de afrontar el descenso de los cincuenta y cuatro escalones que la separaban de la civilización. Berta leyó la tarjeta:

Marie-Sandrine Blouchard

Bufete de abogados Morton & Ferguson

C/ Colón, 88, puerta 6 46004 Valencia

Mejías apareció desde su despacho abotonándose la gabardina; parecía de un humor inquebrantable.

—Una buena pieza, ¿verdad?

Berta abrió los ojos sin parpadear. Tosió un par de veces hasta que encontró la confianza para hablar.

—Bueno, yo..., teníamos pendiente una conversación, creo.

El detective agitó una mano en el aire, restándole importancia.

—Sí, sí, tenemos que seguir hablando, ya habrá tiempo para eso. Creo que sé dónde buscar a Armando, y debo darme prisa —guiñó un ojo—. Hay paga doble.

—¿Armando? —preguntó Berta con inocencia—. No entiendo qué quiere decir con...

Mejías se detuvo ante la puerta y extendió una mano a la altura de la cara, al

mismo tiempo que marcaba sus palabras con el dedo índice.

—Escúchame. Regla número uno: no me mientas. Nunca, al menos a mí no. —otro dedo extendido—. Regla número dos: cuando escuches tras una puerta, aunque sea de cristal traslúcido, no lo hagas con una bombilla de sesenta vatios detrás. La sombra siempre te delatará. Y no es una metáfora.

—Lo siento, señor —se excusó la joven con rapidez—, le aseguro que no volverá a pasar, no sé cómo he podido, sentí la necesidad de...

—Regla número tres —le interrumpió el detective, y ahora el pulgar acompañó a las otras falanges destacadas—: no soy “señor”. Soy Mejías, y Mejías soy yo. Regla número cuatro —Berta ya sólo miraba su cara—: no te lamentes ni te disculpes jamás; haz lo que tengas que hacer. Pidiendo perdón no eres nada interesante.

Berta lo miró en silencio, reprimiendo nuevas disculpas y adoptando una pose lo más digna posible.

—Cierra la puerta cuando te vayas, las llaves están en el segundo cajón —continuó Mejías—. Puedes ordenar tu mesa y el recibidor como quieras, mientras no toques nada de mi despacho. Y he dicho nada. Mañana te espero aquí a las nueve. En punto.

El detective ya se iba, pero la joven lo interrumpió por última vez.

—Pero, ¿eso es todo? ¿Y la entrevista?

—¿Qué entrevista? ¿De verdad crees que me molestaría en hablar contigo si no fuéramos a trabajar juntos? Por supuesto que estás contratada. Pienso hacerte la vida imposible hasta que tú decidas irte. O hasta que te resulte imposible abandonar este trabajo. Tú decides.

Se marchó con estas palabras aún resonando en la habitación, y sus zapatos taconearon cincuenta y cuatro veces hacia el exterior, acompañados por el silbido de una antigua melodía. Arriba, acodada en la mesa de recepción de la Agencia de Detectives Mejías, la joven Berta, atónita, contemplaba la puerta por la que había salido el detective.